



EDITA: HERALDO DE ARAGÓN EDITORA, S. L. U.
 Presidenta Editora: Pilar de Yarza Mompeón
 Vicepresidente: Fernando de Yarza Mompeón
 Director General: José Manuel Lozano Orús

Director: Miguel Iturbe Mach

Subdirectores: Encarna Samitier (Opinión), Ángel Gorri (Información). Redactores Jefe: Enrique Mored (Aragón), Santiago Mendive. Jefe de Política: José Luis Valero. España,

Mundo y Economía: José Javier Rueda. Deportes: José Miguel Tafalla. Cultura: Santiago Paniagua. Internet: Esperanza Pamplona. Cierre: Mariano Gállego.

Gerente: José Andrés Nalda Mejino

Comercializa: Metha. Gestión & Medios, S. L.

Imprime: Impresa Norte, S. L.

Distribuye: DASA. Distribuidora de Aragón, S. L.

¿A quién teme la clase política? ¿A quién atribuye la 'auctoritas'? Se rompió el equilibrio y se quebró el respeto que impedía los abusos. La sensación de impunidad permitió el exceso y tras este, llegó el delito. Aún así, tampoco el miedo se extendió, porque se creía que la 'auctoritas', ya diluida, no descansaba en los ciudadanos; sencillamente se había esfumado por culpa de un siempre inacabado y urgente proceso de construcción democrático que exigía aliviar ciertos controles que se tildaron de incómodos. Todo en beneficio del rápido crecimiento. Solo la 'potestas' resultaba coercitiva, aquella que se ejercía desde el partido, la misma que controlaba cualquier decisión política. Con el partido como único referente, el sentido democrático básico de la confianza delegada también se perdió. El político dejó de responder ante el votante para hacerlo directamente ante su partido. Una incomprensible renuncia que otorgó, gracias a los beneficios y blindajes obtenidos, un escenario donde solo se concedió crédito a las quejas y reclamaciones entre iguales. El ciudadano volvió a perder al pasar a un segundo plano y con él, nuevamente, se retrocedía en un modelo que se mostraba gripado.

El sistema democrático seguía funcionando, y lo hacía sin grandes aspavientos, evidenciando con su silencio y las rutinas diarias una solidez de la que ciertos actores protagonistas continuaban beneficiándose. Hasta que llegó la crisis, y con ella, las evi-

dencias. La desnudez descubierta resultó obscena. Tal fue la dimensión del desastre que se apeló a la tecnocracia como la mejor de las herramientas para resolver el desastre, sin reparar en que resultaba mucho más urgente un rearme ético que tapase el descrédito generado por la corrupción, por los años sufridos de un robo sistemático que por encima del daño causado a las cuentas de los partidos y las instituciones públicas había vaciado el crédito político, dentro y fuera de nuestras fronteras. La intensa presión social, peligrosa para algunos en su desorden, hizo el resto y sirvió para lanzar un mensaje de cambio y regeneración frente al que aún nuestros representantes se muestran refractarios, convencidos de que tras la tormenta llegará la calma. Pero, mientras tanto, son muchos los que no pueden esperar, a los que el tiempo se les agota, y que tan

«El partido se convirtió en el único referente. Así, el político dejó de responder ante el votante para hacerlo directamente ante su formación»

solo se preguntan si aquellos que fueron los responsables directos del desastre podrán pilotar un cambio que exige centenares de renunciaciones.

El debate del estado de la nación adoptó forma de bucle. Un encuentro sin puerta de salida y que quedó aprisionado por las exigencias políticas partidistas que siempre buscan un ganador y un claro perdedor. ¿Quién venció? Desde luego, Alfredo Pérez Rubalcaba no puede considerarse ganador del cara a cara, aunque el presidente Mariano Rajoy no logró centrar un debate que la calle reclamaba mucho más directo y concreto. La oportunidad volvió a esfumarse y con ella cualquier nuevo empeño regenerador. Cuesta comprender cómo en uno de los momentos más delicados de la historia democrática del país, cuando las tensiones se multiplican por la debilidad económica y por las evidencias de una convivencia normalizada con la corrupción, no existe un compromiso político que abandone las dependencias de partido. Rajoy y Rubalcaba no valoran correctamente que esta ininterrumpida pérdida de credibilidad que sufren como máximos responsables de las dos formaciones políticas mayoritarias se transmite directamente a la vena de nuestra democracia. No reparar en este daño, no atender a los peligros generados, solo contribuye a una mayor apatía social que nos aleja del compromiso y de la imprescindible regeneración política. Un riesgo elevado.

CON DNI
Víctor Orcástegui

Los de Cabra

SEGÚN un chascarrillo de la época de Franco, en un Consejo de Ministros a finales de los años sesenta, se debatía sobre la reforma educativa -iya entonces, sí- y el ministro secretario general del Movimiento, José Solís Ruiz, defendía que debían reducirse las horas lectivas dedicadas al latín. En un momento determinado, el impulsivo Solís, nacido en la localidad cordobesa de Cabra, espetó: «¡Más deporte y menos latín!». A lo que el ministro de Educación, José Luis Villar Palasí, le replicó: «Repare el señor ministro en que, gracias al latín, a los naturales de Cabra se les conoce como egabrenses; y no de otra manera». Villar Palasí era un superdotado que había estudiado tres carreras y conocía doce idiomas, entre ellos el chino y el valenciano. Pero sus talentos no debieron de ser suficientes y la reforma educativa salió al final, como poco, medio torcida. La Ley General de Educación de 1970 -la que creó la EGB y el BUP, hoy extintos- inauguró en la educación española la

época de las siglas absurdas y de las innovaciones estériles trufadas de ideología pseudo-pedagógica. En esas seguimos. Nos obstinamos en hacer nuevas leyes de enseñanza que durarán, se ve venir, lo mismo que un suspiro. Y en poner o quitar asignaturas o en darles o restarles horas, como si ahí estuviera el bálsamo reparador de los males de nuestras escuelas. No es probable. Lo que sí puede ocurrir, y sería triste, es que de nuevo se reduzca la presencia en las aulas, ya casi testimonial, de las lenguas y de la literatura clásicas. Los planes del ministro Wert dejarán, por ejemplo, al latín fuera del grupo de asignaturas que deberán ofrecerse obligatoriamente en todos los centros del país. Como recordaba aquí hace unos días el catedrático de Filología Griega de la Universidad de Zaragoza José Vela (HERALDO, 22 de febrero, pág. 23), otros países, como el Reino Unido, caminan con acierto en sentido contrario, potenciando el estudio de las lenguas antiguas -el latín y el griego- y de las humanidades en general. Frente a un mundo cambiante e incierto, conviene mantener el contacto con las raíces de nuestra civilización. Por lo demás, repare el señor ministro en que si los griegos nos legaron la democracia y los romanos, la justicia, ya hay bastantes razones para no darles la espalda.

vorcastegui@heraldo.es